

EL FIN DEL CLERICALISMO

LOS Padres Conciliares están a punto de acabar con el clericalismo; pero, como todos los finales, éste tiene su pequeño tanto de tragicomedia.

Quienos menos parecía que iban a defender el clericalismo son sus más inconscientes propagadores en la práctica.

Habría que resucitar a Freud para que analizase, con su aguda finura, esta paradójica treta que les juega a algunos clérigos su subconsciente. Los secretos deseos del hombre, a veces, le proporcionan una mala pasada, y precisamente al que cree estar más ajeno a un defecto determinado.

Y esto es lo que está pasando en estos momentos con el clericalismo.

CREEN algunos equivocadamente que este fenómeno se da sobre todo en el límite extremo del «conservadurismo» eclesiástico: en eso que se suele llamar «integrismo» religioso.

Pero éste es un grave error. Yo, que soy lector de todas las publicaciones que suelen llamar —con razón o no— integristas, a pesar de mi postura avanzada dentro de mi deseo de ortodoxia, me encuentro con la paradoja de que estos autores son quienes más y mejor han sabido acertar con una postura digna y responsable del seglar en la Iglesia. Y hemos de ser lo suficientemente nobles, quienes no comulgamos con bastantes de sus ideas, para reconocerles este mérito.

HACE unos años, un dominico y un jesuita representaban en Francia ambas posturas antagónicas. El dominico, P. Calmel, O. P., escribió en la revista *Itinéraires* un excelente artículo sobre el «clericalismo invertido», como él llamaba al fenómeno que se da hoy en una parte del clero de su país. Y el P. de Soras, S. J., un religioso que quiere figurar como avanzado, daba muestras de caer en él, con motivo de su libro (traducido al castellano) sobre el movimiento llamado LA CIUDAD CATOLICA.

El P. Calmer se indignaba contra dos defectos. Uno, y muy importante: que los católicos tuviéramos que estar acudiendo, viniera o no a cuento, como mansos corderos, siempre a asesores eclesiásticos, dimitiendo de nuestro propio juicio y criterio, para saber lo que debíamos pensar en cada caso en materia de fe o costumbres. En realidad, esto que intentan persistentemente algunos clérigos pseudo-avanzados («avanzaditos» les llama un sacerdote amigo mío), no es sino queremos mantener a los seglares en una perpetua «minoría de edad», contra lo que enseñaron Pío XII y su discípulo Pablo VI.

El segundo defecto es querer acaparar el clero toda suerte de actividades humanas, de carácter preferentemente temporal, siendo así que éste no es su campo propio. Parece como si sintieran algunos clérigos una secreta añoranza de las actividades seglares y despreciaran las funciones estrictamente sagradas. Les gusta más escribir novelas de poca categoría, o hacer cine moralizante con pequeñas gotas de «avance», que predicar el Evangelio en el culto religioso, o presidir la asamblea litúrgica, o dar un consejo desprendido en lo secreto del confesionario, cosa que no podemos hacer nosotros, porque no es nuestra misión, y, sin embargo, estamos necesitados de que lo haga alguien, especialmente consagrado a ello, en este mundo cada vez más descristianizado. La Iglesia es defensora de los valores humanos; si es de cara al público, sobre todo por medio de sus hijos seglares; y si es en lo íntimo de las conciencias, por medio

Por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

de sus sacerdotes. Y cuando éstos renuncian, por ello, a muchas actividades legítimas, les admiramos profundamente; pero si se aficianan demasiado a las cosas temporales, que son lícitas, pero que no son su campo, debemos decirles: no es eso, no es eso.

HACE años se nos lanzaba a los seglares, como carne de cañón, a defender los derechos de la Iglesia, que, en ocasiones, eran sólo los privilegios, bien poco evangélicos, de un clero cómodo y rutinario.

Hoy, en cambio, se habla, venga o no a cuento, de seglaridad; pero se nos quiere convencer de que nuestras ideas sobre el asunto tienen que ser las que algunos de ellos poseen, porque si no caemos en sus anatemas.

Repiten que debemos actuar responsablemente; pero, cuando lo hacemos, si antes no hemos pedido su beneplácito, o si no formamos parte de los corifeos que alaban incondicionalmente sus obras de «suplencia» seglar (léase cualquier trabajo temporal, que es más propio de seglares que de curas), hemos caído de lleno en sus críticas, faltas de toda caridad.

Pobres seglares: antes pasivos y ahora uncidos al carro de estos pseudo-avanzados.

UNA parte del clero, gracias a Dios cada vez menos numerosa, no nos ha entendido todavía. Nosotros lo que queremos es que se respete nuestro campo: el de «lo secular, que es el propio y peculiar de los laicos» (Constitución Conciliar sobre la Iglesia). Para los asuntos temporales —matrimonio, literatura, filosofía, educación, política, economía o sociología— somos más competentes que ellos, como lo afirma Pablo VI. Hay «innumerales problemas de la vida profana, mejor conocidos por los seglares católicos que por el clero». ¿Por qué? Porque el seglar «puede actuar sobre el mundo profano desde dentro, como directo participante en su composición, y en su experiencia; al paso que el sacerdote no puede influir, por lo general, en ello, más que de una forma externa con su palabra y con su ministerio». (Pablo VI.)

CUANDO se trata de hablar de la natalidad en el mundo de hoy, queremos ser los seglares católicos —como afirmó valientemente el cardenal Heenan en el Concilio— quienes digamos nuestra experiencia, y no lo curas, porque no la tienen.

Cuando la Iglesia tiene que tener una presencia en el mundo de hoy, para «llevar un acento humano y cristiano a la civilización moderna», debe hacerlo «sobre todo por medio de sus hijos seglares», como señaló Juan XXIII.

Nosotros hemos de ser, como quería Pío XII —y me repetía hace pocos días un gran sacerdote, apóstol auténticamente moderno—, las «vanguardias» de la Iglesia, y no el clero. Lo sagrado, que es la misión directa de este último, debe realizarlo con plena dedicación y humildad. Lo sagrado necesita ser mucho más atendido en el mundo de hoy, y si el clero no lo hace, ¿quién lo hará? Eso es lo que los seglares deseamos y pedimos, y, sin embargo, todavía algunos, que dicen defendernos, no nos escuchan, porque les gusta más a esos pocos que todavía

quedan jugar a clérigos aseglarados, de cursi condición —y no me refiero al vestido de clergyman, que lo veo bien—, con mezcla detonante de almiraradas y malsonantes palabras —para aparecer más modernos—, que verdaderos ministros de Dios y servidores de los hombres. Queremos clérigos cercanos a nuestro mundo, comprensivos y cultos; pero queremos también que nuestra cultura occidental deje ya de ser, en todos los países, una cultura clerical.

Y que no se olviden tampoco que, en nuestra condición de creyentes, tenemos los seglares la obligación de fomentar la creación de una opinión pública en la Iglesia (Pío XII), porque el seglar tiene «el derecho, y en algún caso la obligación, de manifestar su parecer sobre aquellas cosas que dicen relación al bien de la Iglesia». (Constitución sobre la Iglesia.)

Hace pocos días daba yo una conferencia sobre «El laico en la Iglesia», y cuando terminé —según supe después—, entre los seglares que asistían se produjo un momento de tensión, producida por la intervención de un clérigo que me quiso obligar a confesar que los seglares no teníamos más que un papel meramente pasivo dentro de la Iglesia. Es más, afirmaba, igual que un célebre catecismo en vigor todavía en alguna diócesis española hasta hace pocos años, que los simples presbíteros formaban parte de la Iglesia docente, porque tenían autoridad para enseñar, y nosotros obligación de obedecerles siempre.

Pero, ¿no sabía este buen clérigo —y todos aquellos que disfrazan su pensamiento con modernas palabras— que el Papa Pío VI había condenado como herejes a quienes conscientemente sostuvieran con pertinacia, como lo hizo el Sínodo de Pistoya, que los presbíteros y párrocos sean maestros auténticos en la Iglesia, instituidos por el mismo Dios? Les bastaría leer cualquier manual de teología —incluso clásico— para ilustrarse en tan importante doctrina, y si no quieren hacerlo así, podían conocer mejor lo que dice Pío XII en su Encíclica *Humani Generis*, o en su discurso al Sacro Colegio del 31 de mayo de 1954, o en el que pronunció al II Congreso Mundial para el Apostolado Seglar. En ellos afirma el Papa que «la interpretación auténtica del depósito revelado no ha sido confiada ni a los fieles, ni siquiera a los teólogos», y que no hay más maestros en la Iglesia, instituidos por Dios, que el Papa y los obispos, y si alguno —que no sea obispo— enseña en la Iglesia (lo mismo clérigo que fiel) nunca lo hace «sui juris», sino en estricta dependencia de los únicos maestros que hay en ella.

¿Por qué no enseñan esto más claramente a los fieles algunos de estos clérigos «avanzaditos»? ¿Tienen miedo de perder su predominio engañoso? ¿Quieren seguir detentando un paternalismo más sutil y engañoso que el que ejercían los clérigos de otros tiempos, más disculpables que ellos porque no habían aprendido en sus Seminarios otra cosa? ¿No son algunos de estos nuevos clérigos de los que dicen haber leído a Congar y a Rahner? ¿Por qué no los difunden más claramente?

LOS peores enemigos del clero no somos los seglares, sino los detentadores del moderno clericalismo pseudo-avanzado.

Yo tengo muy buenos amigos entre el clero —lo mismo en el que es conservador, que en el que es de verdad avanzado—; pero no me puedo entender con los que juegan irresponsablemente al avance, sin quererlo de verdad. Son de los que tiran la piedra y esconden la mano. De los que predicán la sana autonomía y libertad del seglar; pero hacen aspavientos cuando la ejercemos, dentro o fuera de la Iglesia. Gracias a Dios que ya son pocos los que quedan; porque en todos los ámbitos, y sobre todo en los movimientos de Apostolado Seglar apenas se encuentran. Pero los pocos que perduran hacen una figura ridícula, porque queriendo avanzar se quedan atrás.

Todos nos podemos equivocar, y los seglares igual que cualquier otro que forme parte de la Iglesia enseñada. Y los simples clérigos también porque, como nosotros los laicos, son Iglesia discente, y no tienen ningún privilegio especial —por derecho divino— para creerse superiores en su magisterio. Sepámoslo claramente los seglares.

curación y voluntad

E S cierto que la fuerza de la voluntad puede curar algunas enfermedades?

Se cuenta que el centenario Fontenelle, cuando se hallaba moribundo, contestó a alguien que le había preguntado qué experimentaba: «Nada más que me resulta difícil vivir, una dificultad d'êtres. Y un pariente de Brillat-Savarin, que contaba noventa y tres años, poco antes de morir, dijo del autor de la «Fisiología del gusto»: «Si alguna vez llegaras a ser tan viejo como yo, verás que la muerte es tan necesaria como el sueño. Hay quien, francamente, cree que la muerte es siempre un suicidio; es decir, que sobreviene únicamente por descuidar la vida. El profesor Paul Lecène ha sostenido la teoría de que la vida es connatural con el hombre y que éste muere por su culpa. Si prestara una constante atención a la vida, el hombre sería inmortal. Desgraciadamente, en la práctica, es imposible mantener una atención continua y sin tregua, especialmente cuando se llega a una edad avanzada; éste es el único motivo por el que, en general, muere el hombre, pero siempre es por su culpa, y, en definitiva y en cierto modo, siempre es por un suicidio.

La muerte, por lo tanto, sería la consecuencia de la desaparición de la voluntad de vivir. El apego a la vida, uno de los instintos más arraigados del hombre, no es otra cosa que la voluntad de vivir. Cuando la vida ya no ofrece ningún atractivo, cuando ya no suscita ningún estímulo para ser vivida, se puede morir. Si esto sucede así es muy probable que la fuerza de voluntad por sí sola pueda curar algunas enfermedades. De cualquier modo, es indudable que la fuerza de voluntad es siempre indispensable para contribuir a la curación de cualquier enfermedad; el enfermo que, en un momento determinado, deja de luchar, el que ha perdido toda esperanza y renuncia a combatir, normalmente sucumbe. El médico teme a este momento mucho más de lo que puede temer a un agravamiento de los síntomas. Contra esta gravedad siempre puede encontrar algún recurso terapéutico; contra la abulia de enfermo, no existe ningún remedio; por esto, uno de los deberes fundamentales del médico es establecer una relación psíquica con sus enfermos y tratar de llevarlos hacia la confianza. La fuerza de voluntad, frecuentemente, está mantenida por sugestión. Es sabido, que cuando mayor es la intuición psicológica del médico y su capacidad de comprender y participar en el sufrimiento ajeno, tanto mejores son los resultados que logra. Una palabra en el momento oportuno puede conseguir mejores efectos que la medicina más energética; por el contrario, una observación inoportuna puede ocasionar daños incommensurables. Todo esto no es más que estimular en el enfermo la voluntad de curarse. Cuando se discute sobre la cuestión de si se debe decir siempre la verdad al enfermo, la objeción más valiosa es, precisamente, la de que la revelación de que se trata de una enfermedad incurable suprime inmediatamente toda voluntad de luchar y el resultado es catastrófico, mientras que, dejando la esperanza y, por lo tanto, alentando la voluntad, se pueden tener resultados insospechados dado que, a pesar de todo, el diagnóstico de enfermedad incurable podría muy bien corresponder a la efectiva realidad.

No subamos exactamente lo que puede suceder en el organismo; pero lo cierto es que si el espíritu no sostiene al cuerpo, éste decae rápidamente. Un ejemplo clásico es el de los yuga, que no son, en absoluto, seres excepcionales, sino que, simplemente, han aprendido a regular con la voluntad mucha de las funciones de su cuerpo de los que son dueños indiscutibles y, por ello, gozan de una salud soberbia.

Nosotros, los occidentales, no poseemos esta facultad; no sabemos acelerar o retardar los latidos del corazón o la secreción del jugo gástrico. La parte del sistema nervioso que regula las funciones de los órganos, el ritmo y la potencia de las pulsaciones cardíacas, la presión de la sangre, la producción de los jugos digestivos y de las hormonas así como los procesos bioquímicos, se llama autónomo porque su actividad no es consciente ni, aparentemente, está sometida a la voluntad. Habríamos de preguntarnos cómo puede actuar la voluntad sobre la enfermedad. El hecho es que esta autonomía es relativa: en realidad la influencia ejercida por los estados psíquicos sobre las condiciones generales del organismo y sobre los órganos es indiscutible. Un órgano, un tejido o una célula no conocen más que una sola acción específica: aquella que los centros nerviosos aplican sobre su modo de ser y de funcionar. Toda la vida orgánica depende del sistema nervioso y, por lo tanto, está sometida a influencias psíquicas.

Se ha intentado, también, demostrar estas relaciones con experimentos que han revelado cómo la resistencia a las enfermedades infecciosas se aumenta con estímulos nerviosos. Un reflejo puramente psíquico puede activar las defensas del organismo y no se ve que otro reflejo pueda actuar si no es el que se deriva de la confianza y, por lo tanto, de la voluntad de curarse. Por ello, en el tratamiento de los enfermos, el médico no puede contentarse con hacer actuar fuerzas solamente materiales, sean éstas de naturaleza química, física o biológica, sino que, continuamente ha de tratar de actuar sobre la psiquis del paciente con procedimientos psíquicos. El médico ha de utilizar la psicoterapia, que, más o menos consciente, se ha empleado en todos los tiempos. Los procedimientos médicos en sus orígenes se encanlaban más a la psiquis que al cuerpo del enfermo. Las milagrosas curaciones del templo de Esculapio no eran más que una forma de psicoterapia y las curaciones que actualmente se efectúan en cualquier parte donde existe una viva fe religiosa son fruto de la confianza, de la voluntad de curarse.

El médico no cura a los enfermos en el verdadero sentido de la palabra; a pesar de todos los procedimientos, él no hace más que ayudar a la naturaleza y es ésta la que cura por medio de una fuerza innata de curación y voluntad de curar es parte esencial de la «vix medietrix naturae». El espíritu domina la materia, vence las imperfecciones del cuerpo. Debemos de tener siempre en cuenta estas relaciones todavía misteriosas. La voluntad puede dominar la enfermedad, puede francamente vencer la muerte; como decía Goethe, se muere cuando se quiere.